

Ciro R. Niebla Piñero

NEXO
12

A ALBA

Vi asomarse una gaviota a tu ventana y presurosa corriste a abrirle.
Vi una marabunta de hormigas jugando en tu cuello y te gustó.
¡Vi! Por ver, vi tantas cosas.
Lo posible hecho posible, los recuerdos, vacíos, caídos por las montañas,
mientras tanto el reloj seguía intacto.
El reloj del presente, el reloj del aquí, el reloj del ahora. Todo es fantasmagórico,
todo es olvidable, menos tú.
Me dicen que las azucenas han prestado su color,
me dicen que el canto del pájaro es tu ofrenda, tu juego, tu remanso.
La campana no sabe de estrecheces, abre el alma y nunca la cierra.
Es por eso, quizá, que anidas en los campanarios donde solo yo puedo oírte.
Has conseguido un premio a la voluntad, creces, y yo no te veo vestida de domingo.
La tarde invita a hacer mil cosas, la luz no perdona y el geranio es mi solitario compañero.
No es todo tan triste, me digo. Siempre cabe contar el cuento del revés.
Concebirte de nuevo, verte nacer, olvidarme de que sigues creciendo.
El sol se va apagando y en la lejanía un grupo de niños jugaba
a algo parecido a mis juegos infantiles.
Todo transmuta, todo cambia, menos tus recuerdos,
que martillean, que duelen, que hacen daño.
El sol no sabe de circunstancias, ¿tú crees que sabrá entenderme?
Permíteme que ahora me vaya sin ti, con mi caos a cuestas
y le hable al verano que ya se aproxima por la ventana.

SOBRE EL VACÍO

Me he preguntado muchas veces por qué, otras tantas para qué
y más de mil veces he pataleado.

He corrido sin fortuna detrás del tiempo sin saber qué hacer, he gritado,
¡he mirado al sol sin fortuna!, me digo.

Quise erigirme en tu patrón, quise enarbolar tu bandera, salir de copas contigo,
quise enseñarte por las calles, como un titiritero.

Olvidé el mañana, me olvidé de mí, de ti,
de todo lo que en tu interior prometías ofrecerme.

Lo he intentado todo.

Acudí a los libros, al mar, a los amigos, a la suerte,
preguntándoles tu nombre y tu morada. A las montañas, al viento.

No sé si eres hombre o mujer, no sé si vienes de tierras lejanas,
no sé quién te acompaña, quién te vela. ¡Quién te mantiene con fuerzas!

He sufrido y me he alegrado contigo, he sido testigo mudo de ti y de tu invisible apariencia.
Y sin embargo todavía sigues desafiándome,

todavía me reclamas más tiempo del que puedo darte. Todavía sigues siendo tú, sí, tú.

Muchos no saben tu nombre pero yo sí te conozco y no eres de ninguna galaxia lejana,
estás en mi piel y apareces como un sarpullido cuando menos espero tu llegada.

Tu nombre es vacío, y eres padre y madre de mi creatividad, de mi presencia, de mi tiempo.

No me olvido de que eres parte de todo lo que anteriormente he escrito
y de todo lo que aún ni siquiera he imaginado.

No te pido una tregua, solamente te pido que recites tu nombre en las iglesias
y en los campanarios, en los hospitales y cuarteles, en el metro, en los barcos,
en todo aquel lugar en el que no se te haya escuchado antes.

¡Que los telediarios y magacines paren sus estupideces,
que alguien le preste atención, que alguien te tome en cuenta,
y que tu nombre en esta tarde no se convierta únicamente en un desvarío mío!

TOCANDO EL VACÍO

Cuando voy arriba la respuesta está abajo,
cuando acaricio mis pies la respuesta está enfrente.
Si estoy ahí hay que dar un paso hacia atrás.
Si solo observo no obtengo nada,
si le pongo marcha aparece cierto orden y se desvanece.
Entonces miro hacia atrás y ya no hay nada,
pregunto al frente y obtengo el silencio que mira hacia arriba.
Cuando estoy ahí (ahora), toca descender y acariciar mis pies nuevamente
pero me cae tierra de todos los sentidos,
tierra transparente, tierra húmeda como el agua, tierra fértil;
y es entonces cuando me recojo dentro de mí, esperando una almohada,
un arrullo y un silencio, ¡pido poco!
Y solo encuentro esto: nada.

RELIEVES

Todos son relieves. Tus caderas, tu pecho
y hasta tu hermosa sombra.
Como colinas cargadas de verdor
se yerguen ante mí, llenas de preguntas.
Mi corazón, dormido, te responde sin cesar,
¡aquí estoy!, abatido de tanta espera.
Mientras tanto, en la demora de ti,
me pregunto por qué te confundí tanto
sin tenerte en cuenta.

Todos son relieves, la montaña que decrece,
el sol imponente y tus labios que asustan.
Me alegró saber que no andábamos en sueños
cuando vimos recitar a la noche
esa melodía hecha de ensueños y de amores.
Distingú la literatura en ambos, y no me avergonzó
no dormir cargados de una sensualidad prometida.

Todo son relieves. Para mí, no hubo diferencia
entre el sol del crepúsculo y mis deseos cuando te buscan.
De la redondez de tus pensamientos
brotó un puente que enlazó mi alma asustadiza
y tu firme convencimiento,
que me citó para un mañana que no ha llegado.

Todo son relieves, desde tu sacroso pelo
hasta tu grácil pupila que me mira desconcertada.
Desde la firma promesa de un encuentro
hasta la realidad de esas noches
en las que vestimos al alma de desnudez.

Todo son relieves. El desconcierto adopta la forma de roca,
el abeto de un hasta luego incierto.
Tu risa, albaricoque que no verá la mañana próxima
ante mis ojos dormidos.
La luna ya no me velará ni me mecerá en su silueta.

Sin embargo, habrá otras razones para volver a buscarte.
Una llamada perentoria que nos haremos desde lejos,
un suspiro no correspondido,
una salutación firme desde nuestras almas.
Quizá la profunda nada o, por contra, el prometido relieve
que nos hizo dormir abrazados.
Todo eso, sólo lo sabes tú.

EL MAR DE LOS SARGAZOS

Nos vimos por primera vez en el mar de los Sargazos
o quién sabe.

Fueron aquellas playas húmedas, donde la salitre quema por la boca
y la arena arde, arde de calor, ipuro!, puro calor del centro de la tierra.

Mientras, el corazón bombeaba la sangre suficiente para no agotar la prisa,
para retrasar aún más el baño, y sentirlo más placentero, más bello.

Más íntimo aún si cabe.

Nunca supimos lo que era tensar la cuerda, llegar al extremo,
para nosotros, la playa era toda ella espacio de libertad,
un continuo: arena, piedra, sol, aire, nosotros,
nada fuera de nosotros era prisionero, todo era bello.

No permitimos torres de vigilancia, marineros en tierra con prismáticos.
Si los hubo, no me importó, no lo tuve en cuenta...

Y así pasaron los días y los atardeceres y la mañana llegaba sin noticias
de ti. Te habías ido, estuve esperando una señal y no llegabas.

Muchas veces me pregunté si te habías ido nadando al mar de los Sargazos,
aquel mar de los sueños, de la aventura, del delirio...

Por respeto al mar y a nuestra playa pedí un permiso y acampé en ella,
hice un fuego y estuve esperando. De vez en cuando llamaba al viento y obtenía
caricias que no pueden ser dichas, silencios oportunos en la estrellada madrugada,
calor cuando hacía frío,
promesas,
promesas...

Tuyas.

Y entretanto aprendí a colorear las páginas en blanco de nuestra historia,
aprendí a ser cocinero de mil preguntas, a ser paciente con el tiempo,
a aprender a domesticarlo como si fuera un león.

Cierta mañana, cuando todavía era de noche una noticia de lejos me interpeló,
voz, murmullos, todo estaba mezclado...

Me acerqué a ver lo que sucedía y me asustó tu presencia, eras tú,
y no yo, parecíamos otros.

Y entonces me fui corriendo, lejos, me quité la ropa
me tiré al agua y estuve nadando horas y horas, y horas...
El agua del mar refrescaba y mezclaba, por igual,
la estructura salina que la vio nacer y aquellos ojos,
la imagen del hombre hecho hombre, a fuerza de tesón,
huyendo al mar de los Sargazos.